

## **Homilía: Funeral J. A. Rivera de las Heras**

Querido hermano y familia de José Ángel. Querido Román. Querido Santo Pueblo de Dios, querido presbiterio, Sr. Vicario General, Sr. Deán y cabildo catedralicio, Srs. Vicarios y Consejo de Gobierno de la Diócesis. Querida Parroquia de San Frontis.

La última vez que visité en el Hospital a D. José Ángel, nos despedimos con un abrazo y después con mucha unción, me cogió la mano y besó el anillo del Obispo. El signo de su madre y mi esposa, la Iglesia de Zamora. Algo entrañable que guardo en el corazón como un tesoro. Como decía S. Cipriano de Cartago: “Nadie puede tener a Dios por Padre, ni no tiene a la Iglesia por Madre”.

Tengo para mí que las verdades de la fe se hacen verdad en nuestra vida cuando pasan por nuestra propia carne. Y, por ello, se pone delante de nosotros lo que significa el escándalo y la necesidad de la cruz de Jesucristo.

Hoy, la familia de nuestro hermano José Ángel pierde a uno de los suyos.

Hoy, la comunidad parroquial de san Frontis queda huérfana de uno de sus pastores

Hoy, el presbiterio de Zamora siente la marcha repentina e insospechada de uno de los suyos

Hoy, la comunidad académica de historiadores del arte se queda sin uno de sus mejores exponentes

Hoy, el obispo de Zamora se muestra, una vez más, dolido en el alma por la pérdida irreparable de uno de sus hijos.

No es el feeling humano el que nos une y el que nos hace amigos; no es la coincidencia ideológica la que sella nuestros vínculos; no es la obediencia ciega la que construye nuestras fidelidades. Ni la iglesia, como comunidad, ni el presbiterio, se construyen así.

Hermanos presbíteros, es Jesucristo. Es su misterio, su Pasión, su muerte. Es su vida y su gloria. Es su evangelio y el Espíritu el que nos une.

Nosotros, queridos hijos, seguimos aquí no por nuestras fuerzas, no por nuestras ideas, no por nuestros empeños... nosotros seguimos aquí por pura gracia, hoy, aquí y ahora, seguimos diciendo Sí al SEÑOR.

Con las contrariedades y con los sinsentidos, con los desiertos que nos atraviesan, con las tentaciones en carne viva, con el cadáver de nuestro hermano aquí delante, con todas nuestras preguntas.... Con todo ello, queremos proclamar públicamente y una vez más un canto al SALVADOR, como genialmente escribía José Ángel en su libro sobre la sillería del coro de la catedral. El presbiterio, también hoy, aquí y así, reunido en torno al altar y pastoreado por el obispo, eleva su voz CORAL al Señor de la historia, al Dios de vivos y muertos, al Cristo vivo. Hoy proclamamos y confesamos al Dios del bien y de la belleza a la que tantas páginas dedicó nuestro hermano. Hoy él ha vivido en su cuerpo lo que hace poco escribió como texto: “la belleza del crucificado”.

Hoy, cuidar de José Ángel es encomendarlo a nuestro Señor, pedir por él, acompañar con nuestras oraciones su tránsito. Queridos presbíteros: Nuestro don ministerial, la gracia sacramental, el ser pastores como el Buen Pastor, es ser corderos débiles y vulnerables, como el CORDERO que da la vida.

Es tiempo de salvación, dejemos que Dios entre en nosotros. Dejemos que nuestro corazón de pastor esté lleno de paz y de cordialidad, de miradas de bien, de palabras para el bien. Abre tu ministerio al espíritu que te configura y te renueva. Déjate interpelar por él para el bien. Pase lo que pase, querido hermano, que te encuentren en el bien.

José Ángel ha sido un regalo para esta diócesis. Nos ha unido la pasión por el seguimiento y por el reconocimiento, en nuestra historia, de la gloria del crucificado. Su legado permanecerá en sus escritos, en su tarea al frente de la Delegación de Patrimonio durante décadas, en sus investigaciones y en su ministerio durante más de 35 años. Conocía bien la provisionalidad de los cargos, y de los reconocimientos, el duro trabajo de lo intelectual... pero conoció también una diócesis que fue la casa donde pudo poner en práctica y por obra sus dotes académicas en la organización de exposiciones, catálogos y museos. La diócesis de Zamora y José Ángel están y estarán en deuda permanente y **recíproca**.

Tú que fuiste el pastor que tantas y tantas veces soportaste el dolor de los otros sobre tu vida, déjate llevar y guiar en los hombros del Buen Pastor en cuya fuente, pedimos al Señor que bebas el cáliz de la salvación eterna.

Que la esperanza de María a la que serviste y acompañaste tantas veces, te envuelva con su manto, y sea ella la que te lleve a la luz eterna. DEP, DED.